



TIEMPO ORDINARIO

FIESTA DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (CORPUS CHRISTI)

Mi carne por la vida del mundo

Luis Fernando Crespo

Lecturas: Deuteronomio 8,2-3.14-16; 1 Corintios 10,16-17; Juan 6,51-58

Esta Fiesta, de mucha tradición en algunas ciudades como Cuzco y Cajamarca, tiene su origen en el siglo XIII para resaltar la presencia de Cristo en el pan y en el vino eucarístico. Se discutía entre los teólogos la manera de esa presencia. La fiesta se instituyó en 1264 y el papa encargó a Tomás de Aquino la composición de los himnos y textos latinos para la celebración litúrgica, tarea que cumplió con gran acierto y que fueron bellamente musicalizados en el canto gregoriano. Algunos de los mayores recordarán el “Pange lingua” y otros himnos que se cantaban en las celebraciones eucarísticas. La devoción se expandió dando lugar a las “custodias” en las que se colocaba la hostia consagrada y que eran ricamente confeccionadas con materiales nobles de oro, plata y piedras preciosas. Hoy, con otra sensibilidad y conciencia social, esa riqueza nos sonroja al confrontarla con la realidad de pobreza que viven “los cristos” hambrientos y marginados de nuestra sociedad. Como bien apuntaron los obispos latinoamericanos en Puebla: “rostros muy concretos (de los pobres) en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela” (n°31).

La lectura detenida de los textos propuestos nos orienta en una buena dirección para actualizar el sentido de la fiesta y celebrarla dignamente. El texto de la Carta a los Corintios hay que leerlo situado en su contexto: una discusión sobre la participación en comidas de alimentos sacrificados a los ídolos. Pablo en su argumentación elabora una frase de gran contenido teológico y espiritual: “Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan”. El “pan que partimos” se refiere al gesto de Jesús en la Cena ((Mc.14,22) y al que se realiza en la celebración de la eucaristía designado como “fracción del pan” (Hech. 2,42). Comer ese pan es

“comuni3n con el cuerpo de Cristo”, tambi3n partido y roto, “entregado por ustedes” (1Cor. 11,24; Lc.22,19). Y a la vez comer ese pan, nos hace “aun siendo muchos, un solo cuerpo”. El “cuerpo de Cristo” es el cuerpo del Se1or Jes1s con el que nos hacemos uno y es el cuerpo de la comunidad, en la que quedamos unidos “al participar del mismo pan”. En la comuni3n eucar3stica nos hacemos uno (“comuni3n”) con Cristo y en 3l nos hacemos uno con los “muchos” que constituyen la comunidad. Y si consideramos la gran sentencia de Jes1s de que “lo que hicieron con uno de estos hermanos m3os m3s peque1os (hambrientos, sedientos, enfermos...) conmigo lo hicieron” (Mt.25,40), la comuni3n con el cuerpo de Cristo alcanza dimensiones insospechadas para nosotros, pero ciertamente queridas por Jes1s.

La comuni3n eucar3stica ya no es un simple acto privado de devoci3n, implica un compromiso, una manera de dar sentido a la vida como solidaridad, entrega y servicio a la vida de los otros y especialmente de los pobres. Comulgar con Jes1s significa comuni3n con su persona y su proyecto, con su cuerpo “entregado” y con su sangre “derramada”, es decir con su manera de vivir -no s3lo de morir- para los dem3s. De ello dan cuenta profusamente los evangelios: tanto los gestos de compasi3n ante el leproso, ante la viuda que entierra a su hijo 1nico, ante el ciego de nacimiento, como su indignaci3n y cr3tica con los que miran para otro lado y se callan, o su defensa de la mujer prostituta y de los pecadores. Su vida nos muestra la importancia de vivir mirando al otro, de reconocerlo como persona y sujeto, de tomarlo en cuenta a la hora de pensar el futuro y de construir el presente. Hoy entre nosotros no es posible la comuni3n sacramental con el cuerpo de Cristo ni la participaci3n en las solemnes procesiones, pero para ser cristianos en tiempo de la pandemia es necesario comulgar de alguna manera con el cuerpo de los sufrientes y hambrientos, de los ambulantes que no pueden dejar de salir de su casa y exponerse a la enfermedad, de las mujeres y ni1as expuestas a los abusos, de los ancianos abandonados.

El evangelio est3 tomado del largo serm3n que Juan pone en boca de Jes1s despu3s de la multiplicaci3n de los panes. “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo” en contraposici3n al “man3” que les hab3a dado Mois3s en el desierto, aludido en la lectura del Deuteronomio, y a los panes que en la v3spera el mismo Jes1s les hab3a compartido. Dos rasgos de ese “pan vivo” que el Se1or ofrece para comer: Quien coma este pan “no tendr3 m3s hambre” (6,35), “tiene vida eterna” (6,40.47.54), “vivir3 para siempre” (6,51.58). Comer su carne y beber su sangre equivale a “creer en m3” (6,35.47) en el sentido fuerte de la expresi3n: identificarse con su persona y su causa, no s3lo como un asentimiento intelectual, sino como compromiso total de vida. El segundo rasgo viene expresado en la frase: “y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo” (6,51). De nuevo la misma idea subrayada en el p3rrafo anterior: Jes1s entiende su vida como entrega y servicio por la vida de los otros, sin discriminaci3n ni exclusi3n, lo que qued3 patente en su muerte en la cruz. Esto es lo que hace exclamar incluso a los disc3pulos: “es duro este lenguaje” (6,60). Pero comer esta carne y beber esta sangre, comulgar con esta manera de entender la vida y vivirla es lo que asegura una “vida eterna”. Expresi3n que no significa la vida del m3s all3, la otra vida, sino esta vida vivida con pleno sentido y trascendencia, la salvaci3n que Dios nos ofrece en Jes1s. Adem3s vivir con este sentido no se reduce a la vida y realizaci3n individual, sino, una vida “por la vida de mundo”, para que todas las personas tengan vida, dig-

nidad y reconocimiento, lo que Jesús llamaba “Reino de Dios”, una humanidad justa y fraterna.

Duro resulta este lenguaje y este camino, como el viejo camino del éxodo. Allí fue necesario el “agua de la roca más dura” y “el maná”, como nos hacía recordar la lectura del Deuteronomio. Para seguir a Jesús, dando cada día la vida por los demás, él mismo se nos ofrece como alimento que fortalezca nuestro amor y como bebida que alegre la exigencia de nuestra entrega.

Caminar con coherencia y fidelidad en el seguimiento de Jesús en este éxodo hacia una “nueva normalidad”, es decir hacia una manera nueva de entender y diseñar la convivencia entre los seres humanos y con la naturaleza, se presenta también como un camino duro, de renuncias a miradas estrechas que dejan de lado las condiciones elementales de vida de las mayorías de la población; requiere aprendizaje desde ahora para vivir con mayor sobriedad, pensando en el “bien común” y “la vida buena” para todas y todos.

Celebrar con sentido la fiesta del “Corpus”, además de ser un reconocimiento agradecido de la presencia de Cristo en el sacramento de la eucaristía, significa comulgar con la generosidad de su cuerpo “entregado” y de su sangre “derramada” por nosotros y por la vida de la humanidad toda.

En la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo este año no habrá procesiones o grandes manifestaciones públicas de religiosidad, pero sí podemos celebrarla y comer su cuerpo y beber su sangre identificándonos con su entrega “por la vida del mundo”, con el compromiso esperanzado por una humanidad nueva y una tierra nueva. Así iremos anticipando el cumplimiento de la promesa de Jesús: una vida que sea en verdad “eterna”, es decir, plena y para todos.